

josé maría lama

nido de antófora

zaíra, 1.988

"ANTHOPHORIDAE. Las especies de esta familia son himenópteros de cuerpo generalmente robusto y bastante piloso, adornado por lo general por bandas de color blanco o amarillento, siendo insectos muy frecuentes en las flores.

Los nidos se construyen en el suelo y, a pesar de vivir en colonias numerosas, cada hembra elabora de forma independiente su propio nido y células (...) una quince-
na de especies están presentes en el Archipiélago, destacando por su abundancia aquellas pertenecientes a los géneros Anthophora, Eucera, Amegilla y Melecta".

"... las 'tres grandes leyes dialécticas': la ley de la negación de la negación, la ley del paso de la cantidad a la cualidad y la ley de la coincidencia de los opuestos. Las leyes dialécticas citadas representan una verdadera modificación de las leyes lógicas formales y, por tanto, los principios de identidad, de contradicción y de tercio excluso no rigen en la lógica dialéctica"

j o s é m a r í a l a m a

nido de antófora

z a f r a , 1 . 9 8 8

Edición del Autor. Zafra, 1.988

© José María Lama

Depósito Legal BA 331 - 1.988

I S. B. N 84 - 404 - 3335 - 2

Imprenta Rayego, Zafra

*a la isla de fuerteventura
y a i. góngora, mujer,
ofrezco esta palabra*

Fuerteventura, 22 de mayo de 1986.

Zafra, 20 de agosto de 1987.

*y a la memoria de
paco ruf.*

Ah, las palabras.

A veces,
cuando brotan exactas, lúcidas, revelan
secretos que ignorábamos, iluminan las sombras,
nos traicionan
sólo por la verdad.
Pronunciadas al mundo para creer
nuestras propias ficciones,
las palabras, rebeldes,
descubren nuestros miedos, las huidas,
lo que tanto y con tanta
dulce morosidad celamos
para sobrevivir. Las palabras. A cambio
de la luz.

Ultima Thule. Poema. Salvación.

LUCIANO FERIA

POETICA

sea el poema de ella
sugerencia

no metáfora
de la palabra
la mujer o la isla

1

la luz,
lentísima criatura, salta
del sueño y sobre el caos
arquea:

el cosmos amanece
bajo un vientre naranja

2

la forma
obliga la tensión de los magmas,
a la súbita consistencia en la piedra,
que asiste, atónita,
al crecimiento de su propia estatura

3

y las aguas primordiales
retroceden: ya es precisa
la cima de lo informe:

nace la isla

4

el cielo recobra la luz
y la instala en el astro.

Ocupa la distancia del fuego,
donde yace quien crece,
el aire en bóveda

sólo el agua ahora es,
con su contraria, la roca,
dulcísima elevándose.

Todo se genera según discordia
o heráclito y aquí no hay duda
ni mar sin isla: nada
sin que el dispar sea enfrente

sólo el agua ahora es,
con su contraria, la roca,
dulcísima elevándose.

Todo se genera según discordia
o heráclito y aquí no hay duda
ni mar sin isla: nada
sin que el dispar sea enfrente

6

(la apariencia
es la más fiable conjetura:
ni ruta ni viajes, salvo el día.

El tránsito sólo en la materia,
que al degradarse simula los traslados:
la dialéctica de la quietud,
no el tiempo y su ocurrencia.

Estático,
el viajero contempla lo mutable
y se inclina a la sorpresa)

¡amanece el paisaje y el asombro!

jamás tan rotunda la belleza
como aquí, donde lo primario habita:
agua, aire, tierra y fuego que genera
la luz: lo inconcebible ya en la aurora

(confirma la firmeza del mineral
bajo el peso e intuye
los incendios latentes de la arena,

recibe en el rostro la evidencia del siroco
y el sudor de la dicha, sábana o cristal,
se le desliza hacia la inercia.

El paseante
agrede a la quietud con la sonrisa
e inicia su recuerdo
desde la residencia de la huella)

9

nada vegetal que enturbie el jable,
como si esta arcilla sin caída,
horizontal, ignorarse la culpa.

Desnuda se ofrece a la conciencia
evitando la selva y el sonrojo

10

¿dónde la ruina, la heredad,
la historia inmensa?

No hay legado que oficie
delación del tiempo aquí,
donde la memoria nace.

Isla inicial, tierra sin mácula,
con la mudez de quien crece
hacia la alteza del habla

(los millares de héroes
que uno aloja, sorprendidos,
señalan el silencio, la calma
elemental que rige los combates)

12

el ruido, colisión, aquí es caricia,
susurro del sosiego:

el grito inaudible de la piedra en el agua,
del mar que soporta la afrenta de la roca
o el estruendo
de la mano que roza un hueso.

Apenas un gemido
de la sombra que abrasa el mediodía

observa que la playa refleja la contienda:
el océano cubre el cuerpo de la arena
y al ritmo del latido se retira
y reitera

14

el labio de la isla
reposa como un trozo de lava
en beso contenido
al filo del mar o de la muerte.

La cala invita a la caverna,
donde el amor y el cuarzo se atesoran

15

(cómplice del jable,

delatas

la huella de su cuerpo

en ese vientre abierto que es la duna)

16

aún el día y ya la luna
inicia la revelación de la torpeza:

bajo las manos tiembla, humana,
y mira desde un brillo, sí.

La espalda imitando cualquiera de los valles;
de las lomas, los pechos. Cualquiera
de los rasgos, el paisaje imitando

17

¿desde cuándo eres isla?

¿qué huida o vocación de fuego
hizo máscara de lo horizontal;
de lo inerte, artificio o pretexto?

¿desde cuándo, bruja, eres isla?

¡tesis de la fabulación! ¡piélago
 que a la evidencia burlas
 a modo de mujer sobre sí misma!
 ¡playa o piel que a residir invitas!

19

allí fue sólo la potencia.

Roca que recuerda al ascua
o la antecede: esqueleto
en tránsito hacia el gozo.

¡Luz de Mafasca!

Mujer o isla del amor
sugerida, ¡acto seas!

(y ya recuerdo el futuro
e ignoro lo pasado
como si, paseante en la playa,
el porvenir fuera la figura
que el crepúsculo me dibuja
acercándose)

21

la luna
ronda en canoa
la decadencia del engaño rojizo
y revela la creciente oscuridad
que abajo alumbra

22

el perfil
ya es nítido: ahí,
sin pausa, aquélla
que la evidencia retuvo
agazapada

23

y las arenas
ceden el dominio: tendida
exactamente sobre un hueco
se inicia el cuerpo de la mujer
que rie

24

la noche parpadea el estallido
de lo diurno y procede
a la generación de los cautivos.

Sobre la piedra y sus dispares
compiten en multitud
el animal y el musgo

25

indistinta, la muchedumbre
rodea a la ya nunca anónima.

La singularidad precisa de la plebe
como el gozo
de las manos que lo acogen.

Jamás la huida:
no existe sin los otros

(ni tiempo ni traslados hubo
donde bastara la apariencia.

Mas ahora acosa a la planicie
quien no teme al vertigo de la altura
y hace de la gacela agilidad lejanísima.

Lentamente, alza la osadía de la edad
y la arcilla y, como anteo,
convierte su elevación en pérdida:
de la naturaleza al artificio o a la muerte.

El paseante
descubre los misterios y se inclina
a la humanidad en fuga)

¡abre los ojos lo inaudito!

Ningún lugar detuvo tanto la armonía
como este cuerpo complejo
cincelado con el afán de la sorpresa
donde la dicha se demora
en la extensión de un sueño inacabable

28

(desea la mirada del pez
aqué
que en este instante
violenta la órbita de los textos
para abrazar sin mengua
la belleza que enfrente le respira.

El paseo ya es ascenso
hasta la cúspide de la palabra
y el amante trepa
por una jauría de manos precedido)

nada te escinde de lo anterior
al proclamar, descalza,
el cese del légamo que yace.

Tensas - vertical - el músculo
y la frase e inviertes
la vegetación originaria
que en ti prosigue humana

de la maleza nace quien pretende la nube:

acaricias el vértice de la especie,
la mueca donde el vientre brota,
y en un arco, como el baile,
trasladas el gesto triangular
encima de la frentes y las páginas,
donde la dignidad se hace grito

(¿a qué el olvido de los rostros, la pérdida
de los tactos y el silencio?

¿a qué el afecto o lentitud de la distancia
sin beso ni certeza?

Fueras ciego enamorado
adivinando el gesto
mas no ajeno a la caricia y la palabra)

vigilo sobre el labio, mujer,
el progreso de una ola o llama
ideada desde la fosa de las tempestades.

Súbitamente, la cresta de espuma
rompe en el beso acantilado
y pronunciamos palomas como sílabas

deseas el placer
de medirte el cuerpo con mis manos.

Nada obsta. Afecto soy al vicio
de los niños y poetas, empeñados
en tocar lo sorprendente.

A esta demora en la piel
llaman caricia

canoas en el abrazo, los cuerpos
cercan el brocal donde se asoman
al amor y la plenitud de la luna.

Los reflejos nos anuncian la pérdida
de la razón y el inicio del poema

(negadme, si así os place,
la absurda afición a la acefalia,
a la bestia bellísima que nadie reconoce,

mas permitidme, acaso,
conjuguar el plural en cercanía
y el abrazo del mar

con ella al lado)

tu cuerpo extendido como un poema
sobre el lecho, como cuerda que salvara
de la vida hacia la orilla o luz
de la palabra.

Pretendo el equilibrio sobre ti
y pese al vértigo nada
me hará caer de estas honduras

fiel a la costumbre del párpado, al descenso
si al sueño o al placer la sien se ofrece,

me inclino sobre ti, sometido
a la ley de la gravedad que tu cuerpo
tendido impone.

Paradoja que invite a la planicie
quien ocasiona la antítesis de lo inerte,
la peripecia de la especie erguida

aún la noche en mi frente, amor,
y ya se arbola con el temblor del astro
un tallo o lento muelle
que crece desde el sueño al lecho
como una flecha que indagase.

No hay dicha sin lenguaje.

Sobre el músculo que clarea
desciendes la conciencia de los labios
y pronuncias la palabra precisa, amor

cuando el masaje reiterado de la fibra
o la palabra advierte el riesgo del vacío,
la indagación precisa de artilugio:

pértiga de auxilio, pluma o falo
que apoyara el salto a la deidad
en un hueco de tu maleza o pergamino

40

(tensa el arco y la saeta
otea el territorio incandescente,

tiembla atando lo que dista
y acierta tras la piel, ya como hoguera.

¿Asiste al ejercicio del arquero
o aloja siempre el lance la escritura?)

SOLUCION AL ENIGMA DE J. DONNE

Antes de conocernos ya sabíamos
que sólo nos habíamos olvidado.

Aníbal Núñez

ANABASIS O LA CONJETURA (poema de amor)

I

la ha buscado. Mediaba el siglo e inundó sus ojos la tristeza del otoño sugiriéndole el hallazgo.

La ha buscado en mujeres y hombres.

Creyó hallarla cierta noche tras los pechos sin soberbia de una joven de cuerpo y nombre equidistantes.

Durante años fue con ella. En el transcurso escribía poemas de amor y muerte, presagiando ya lo que fuera, al filo de la playa, sólo mar que retorna.

Y la joven, al cabo, le confesó que no era tú. Que aún no era tú. Que tú eras en otra esquina del laberinto y que ella también había creído reconocer a quien deseaba hallar desde hace tiempo

II

la ha buscado. Pensó que fuera territorio y no cuerpo encendido.

La ha buscado en paisajes inertes.

Creyó hallarla cierto día agazapada bajo los muslos como lomas de una isla, tendida con esmero al sur de las ciudades.

Durante años estuvo en ella. En la estancia ensayaba afanes y futuros, describiendo energías sobre una inercia siempre sospechada.

Y la isla, al cabo, le confesó que no era tú. Que aún no era tú. Que tú eras en otra esquina del laberinto y que ella también había creído reconocer a quien deseaba hallar desde hace tiempo

III

la ha buscado. Ya sin aliento, huyó de lo inerte y del hombre o mujer y en la idea encontró el sosiego preciso:

La buscó ensimismado.

En sí creyó hallarla cierto día. Instalada, como el poema, en el punto sensible de la frente, adonde se estira un cuerpo que escapa de la piedra.

Durante años se supo en sí. En su presencia ideaba excusas para eludir el horror de quien es en tránsito a negarse.

Y, al cabo, una noche se confesó que no era tú. Que aún no era tú. Que tú eras en otra esquina del laberinto y que él también había creído reconocer a quien deseaba hallar desde hace tiempo

(...)

durante la búsqueda se le han acercado
cuerpos y territorios diversos.

Cuerpos que, aviesos, juraron y perjuraron
ser tú misma. Y en mueca y gesto equívocos
buscaban imitar la risa que al amanecer
alumbras o esa quietud de roca que ocultas
tras la luna.

Territorios que embellecieron sus lomas
deseosos de simular tu vientre invertebrado
o, si el azar y la ebriedad, tus manos en
sendas y riachuelos.

Urdieron confusiones y, a veces, admitía
comprobar si el sabor de la punta de los
paladares se asemejaba al tuyo o si el fondo
de las simas guardaba la tersura que intuía
al centro de tu territorio incendiado

y IV

al fin se delataron los engaños. La halló.

La halló alojada en sí misma: palabra, nido de antófora, residencia total donde el orbe agita sus potencias.

Y así, mujer o isla, has confesado ser tú misma. Ser ya tú. Que siempre fuiste en esta esquina del laberinto y que también en quien tanto te ha buscado reconociste, al cabo, a quien deseabas hallar desde que, mediado el siglo, inundó tus ojos la tristeza del otoño sugiriéndote el hallazgo

ICARO

Sobre la horizontal del laberinto
trazaste el eje de la altura
y la profundidad.

Caer fue sólo
la ascensión a lo hondo.

JOSE ANGEL VALENTE

JOSE MARIA LAMA

Zafra, 1960. Licenciado en Historia.

Durante sus estudios universitarios, colabora en la edición de la revista cultural cacereña Residencia, donde publica sus primeros poemas y artículos.

Promotor del Archivo Histórico de Zafra y de la Universidad Popular, de la que fue director hasta 1985. Trasladado a Madrid, se responsabiliza de la Coordinación de Formación de la Federación Española de Universidades Populares.

En la actualidad reside en Zafra, desde donde continúa dedicado profesionalmente a temas de investigación y formación sobre educación de adultos y animación sociocultural.

Su obra poética aparece en:

- Antología (Jóvenes poetas extremeños en el 'Aula'). Cáceres, 1983.
- Abierto al aire (Antología Consultada de Poetas Extremeños, 1971 - 1984). Mérida, 1985.

Ahora trabaja en la elaboración de un nuevo libro de poemas, "Fragmentos sobre la filosofía de Heráclito 'el oscuro'".

